

Al oscurecer regresábamos á Florencia y nos íbamos al magnífico gabinete de lectura de *Viesseux*, donde encontrábamos periódicos españoles: de allí nos marchábamos al hotel, á hacer por la vida, y del hotel nos dirigíamos al *café de Italia* á esperar la hora del teatro.

En el *café de Italia* he contraído una amistad singularísima con uno de los seres mas populares de esta capital.—Tal es el insigne *Borraschino*, llamado comunmente el *Perro de Florencia*. Es este un perro lobero, negro y dorado, que perteneció á un oficial austriaco muerto en Solferino. Su amo se lo dejó aquí cuando partió para la guerra, y el perro sigue esperándole, haciendo la vida que aquel hacia. Florencia, que sabe que el perro es huérfano, se ha guardado muy bien de decirselo; pero lo ha adoptado y lo cuida con particular ternura. *Borraschino* es aristócrata si los hay: almuerza en el *restaurant* de la *Ville de Paris*: va á paseo á *le Cascine* en el primer coche que encuentra al paso, con tal que huela á noble: allí se baja y pasea á pie: luego vuelve en otro coche particular, convidado ya á comer por algun principe ó duquesa: el día que no lo convida nadie, se va de fonda. Esto sucede muy pocas veces. Despues de comer, pide permiso para retirarse y se encamina al *café de Italia*. Allí toma un poco azúcar con algun amigo, y anda de mesa en mesa, mezclándose en todas las conversaciones, inquiriendo sin duda noticias de su amo. Los mozos de todo establecimiento se guardan muy bien de importunarle; pues el animal ha demostrado ya mas de una vez, con sendos mordiscos, el desprecio que le inspiran los criados. Desde el café se va al *Casino d' Nobili*, donde pasa la noche en vela, como verdadero elegante, y á la madrugada se duerme sobre algun sofá, en compañía de los jugadores y los calaveras de buen tono.

Borraschino me fue presentado en el *café de Italia*; yo le convidé á helado y barquillos, y desde entonces no ha dejado de saludarme donde quiera que me ha encontrado.

No sé por qué esta broma de toda una poblacion me ha parecido muy seria. ¿Qué significan tantas muestras de amor hácia un perro tudesco? ¿Es una tímida espresion de afecto á la autonomía de Florencia, perdida en la misma guerra en que murió el amo de *Borraschino*?—No quiero creerlo. La pensadora Toscana da muestras todos los dias de hallarse contentísima bajo el cetro de Victor Manuel. Y ¿cómo no? La unidad italiana era hace mucho tiempo el bello ideal de los florentinos, espresado por todos sus artistas, poetas y escritores. Asi es que Ricasoli, *luogo-tenente-generale* del ex-Gran Ducado, no encuentra entorpecimiento alguno en la opinion pública al gobernar el nombre del rey de Italia.—El amor á *Borraschino* será, pues, mera poesia.

En el *café de Italia* he hecho algunas observaciones y averiguado mas de cuatro cosas.—Son las siguientes.

La clase media de Florencia es avara; y si no avara, sumamente económica, y si no económica, demasiado pobre para su educacion y sus necesidades.

Como quiera que sea, hay una infinidad de jóvenes en la poblacion que llevan una vida casi elegante á muy poca costa,—¡por 10 ó 12 reales diarios!

Es de advertir que Florencia es estraordinariamente barata, sobre todo para los florentinos.

Diriase que estos han contratado ayudarse unos á otros á fin de poder hacer á los ojos de los extranjeros un mentido alarde de la antigua grandeza.

Ya os he dicho que van por dos cuartos á *le Cascine* y que vuelven por otros dos. Ahora bien: en el *café de Italia*, que acaso es el mejor de la capital, almuerzan café con leche y pan por tres ó cuatro cuartos; comen por un franco... y aun hay cafés y *restaurants* en que se come mas barato; van al teatro por dos ó tres reales; fuman casi de balde, y asi resulta ello; y hasta refrescan y se convidan á sí mismos á media copa de tal ó cual licor.

Consecuencia de esta refinada economía, es que cuando pedís algo en un *café*, el mozo os replica en seguida: *Mire usted que eso cuesta tanto...*

Es observacion que he hecho en todos los cafés de Florencia.

Los pobres piden un *céntimo*... moneda imaginaria en otros países, pero contante y sonante en la ciudad de los Médicis; y un *soldo* de *propina* arranca un saludo al mas finchado servidor.

La oficiosidad ó *serviciosidad* (palabra recién-nacida) de los florentinos pobres corre parejas con su avaricia. La nimia division del dinero ha traído consigo una nimia division del trabajo. Yo no tenia idea de oficios tan menudos, de servicios tan ténues como los que se prestan en Florencia. Los franceses, con todo su ingenio mercantil, no han llegado ni con mucho á las *prévenances* interesadas de los vagos de esta ciudad. Pondré algunos ejemplos.—Si vais á entrar en una casa, se os adelanta un hombre, que no sabeis de dónde sale, se quita el sombrero, os saluda y sonríe *ticianescamente*, diciéndoos: *Escelencia, no se incomode...* y tira por vos del cordón de la campanilla, despues de lo cual os hace otra reverencia y os alarga la mano... añadiendo, si os quedais asombrado: *Cualquier cosa... ¡un céntimo!*—A mí me ha sorprendido un raro personaje, en el momento que yo iba á sacar el reloj para ver la hora... y me ha dicho: *Escuse: no se incomode: son las siete y dos minutos. Déme cualquier cosa...* Y me mostraba abierto un reloj de oro que marcaba la hora susodicha.—Otro señor muy bien portado me ha detenido á la puerta de un teatro, con el sempiterno *escusa*; ha sacado un pañuelo del bolsillo; me ha limpiado el polvo de las botas y me ha dicho: *Como usted quiera...* esto es; si usted quiere me da algo, y si no, lo deja.

Podria citar cien casos como este.

Florencia es un pueblo parásito, que se nutre de los extranjeros. Yo creo que hay establecida en la Toscana una vasta asociacion cuyo solo objeto es explotarlos...—Podrá ser casualidad; pero oid lo que á mí me ha sucedido.

Quando visitamos en Liorna el *Bazar Oriental*, pregunté si habia alguna pequeña piedra dura con el nombre de Dios grabado en árabe (cosa muy comun en Oriente), á fin de montarla en una sortija. Dijéronme que no; pero que podria encontrarse. Yo repliqué que dejaba en aquel instante la ciudad.—Y ¿á dónde se dirige usted? me preguntó el comerciante.—A Florencia, le respondí.—Tal vez allí la encuentre, exclamó un joven que habia entrado en el

azar poco despues que nosotros.—Pues bien, á los cuatro dias, hallándome en Florencia, en el gabinete de lectura que he citado, llegóse á mi un caballero y me dijo:

—¿Quiere usted comprar una *incisione* árabe para una sortija?

Imaginaos mi sorpresa.

—Veámosla, le contesté.

La inscripcion no era árabe, sino judía... ¡*Vade retro!*

No compré, pues, la *incisione*, ni el hombre me quiso declarar que hubiese recibido carta alguna de Liorna anunciándole mi deseo.

En cambio, me hizo esta otra proposicion:

—Su compañero de usted tiene un magnífico gaban blanco...

Lo decia por Caballero.

—Es verdad, respondí.

—Ayer lo llevó al teatro... repuso él. ¿Quiere usted comprar otro que yo tengo exactamente igual al de su amigo?

—No, señor.

—Así irian ustedes iguales...

—No tengo empeño en ello.

—Lo cambio.

—Déjeme usted en paz.

—*Escusa...*

Aquel hombre iba al dia siguiente por *le Cascade* en compañía de un jóven muy elegante, y en un coche particular sobre cuyas portezuelas se veía una corona de marqués.

—¿Quiénes son aquellos dos señores? le pregunté á una florista.

—El uno es el marqués de... tal

—Ese es el dueño del carruaje. ¿Y el otro? ¿El del gaban blanco?

—El conde de... cual.

Histórico.

No sé si sabreis que la mitad de los italianos son principes, duques, condes y marqueses. Esto consiste en que todos los hijos de título usan á un mismo tiempo de él; y despues los hijos de estos hijos; y así continúan las dinastías... hasta venir á parar al limpia-botas de la *Loggia de Lanzi* ó al gitano del gabinete de lectura.

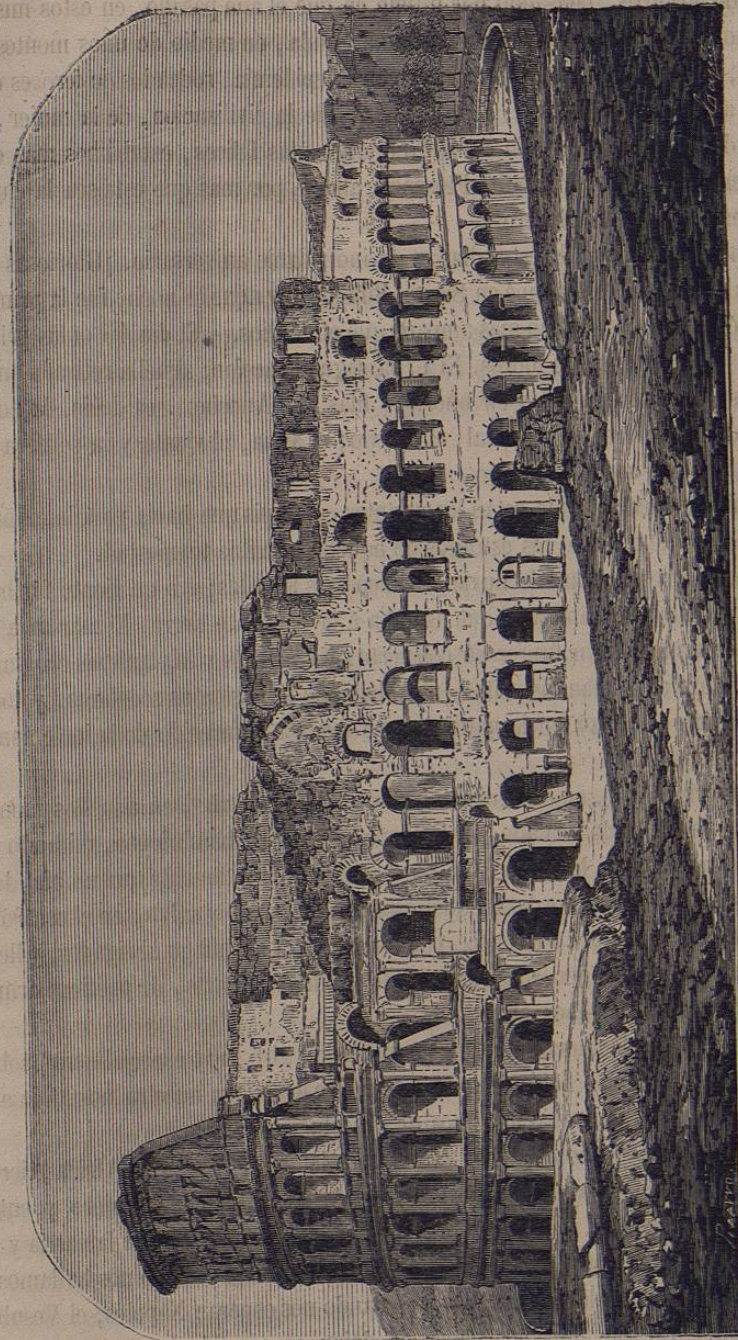
Desde el *café de Italia* nos íbamos por lo regular al *Teatro Niccolini*, llamado así del nombre del gran poeta que ya conocemos.

En el *Teatro Niccolini* actua una compañía francesa, que representa medianamente comedias y *vaudevilles*. El público se compone generalmente de todos los extranjeros residentes en Florencia, los cuales acuden al reclamo de la lengua universal.

La mayor parte de los otros ocho teatros que contiene la ciudad, están todavía cerrados, y entre ellos el de la *Pergola*, que es el santuario de la música.

Finalmente, desde el teatro nos veníamos al hotel, donde, al amor de la lum-

bre, Caballero y yo nos serviamos reciprocamente de tertulia, ora en su cuarto, ora en el mio, con asistencia de Jussuf, que preparaba el té con mas habilidad



El Coliseo.—Roma

que una *lady*. En esas horas distraíamos nuestra soledad de extranjeros recordando la patria y la familia, contándonos las mas pequeñas particularidades de

nuestra niñez y nuestros primeros pasos en la vida; hablando de mujeres y de hombres de Madrid y de otros climas, que maldito si se acordarian en aquel momento de nosotros; pensando por último en que el año pasado, en estos mismos días, nos hallábamos en Africa, bajo una tienda, en medio de unos montes solitarios, luchando con la intemperie y con la epidemia, rodeados de feroces enemigos, apartados de Europa, de la sociedad, de la civilización, de la mujer, del arte, ¡de todo!... y que sin embargo éramos mas felices, estábamos mas contentos entónces, que en la culta Florencia ahora, por mas que esta sea la ciudad de la hermosura y los placeres.

¡Oh! sí: cada uno de estos días es un inolvidable aniversario. ¡Gloriosas efemérides!—El día 14 acampé en Sierra-Bullones, y aquella noche fue la primera que pasé bajo la tienda, sin mas amparo que el de Dios.—El día 15 oí las primeras balas, vi los primeros moros. El 17 la segunda acción; aquella retirada en las tinieblas, aquellos gemidos en nuestras filas...—Anoche... es decir, la noche del 18 de diciembre, el vendaval, el diluvio; el agua, el viento y la sombra envolviéndonos en un tiple sudario....

En mi cartera de viaje están los apuntes con lápiz que hacia yo á la mañana siguiente, contemplando los estragos de aquella horrible tempestad.

«Ya no era solamente la lluvia,—dicen esos apuntes; era un viento furibundo, era un huracán rabioso el que azotaba á la tremante tierra. El mar unía sus bárbaros rugidos á tan fragoroso concierto; los árboles y las malezas crugían y se tronchaban; rodaban las peñas, abandonando sus asientos seculares, y todo, en fin, cuanto tiene voz en la naturaleza se quejaba enfurecido de la inclemencia de los elementos...»

Así escribía yo... en este mismo instante, hace un año, en aquellos montes desiertos, desabrigado, calado por la lluvia, insomne, hambriento, mirando las ruinas de mi casa de lona...—No, no esperaba yo ciertamente que un año despues, hora por hora, recordaria aquel espectáculo, sano y salvo, en el centro de Italia, en la encantadora Florencia, con los pies y el estómago abrigados, y llena la imaginación de imágenes sonrientes, de prodigios de arte, de poéticas armonías, de pacíficos ensueños.

En la tertulia de anoche nuestra conversación giró muy especialmente sobre la proximidad de la *Noche-buena*; lo que quiere decir que nuestra nostalgia subió de punto...—En cambio tomamos una resolución heroica.

—El año pasado, nos dijimos, celebramos la *Noche-buena* en Africa, tierra infiel y maldita. Este año va á sorprendernos en un suelo extranjero y entre gentes excomulgadas... Ya no tenemos tiempo de correr al seno de la patria y al lado de la familia, ni tampoco debemos abandonar la Italia cuando nos hallamos á un día de distancia de la augusta Roma; cuando nos esperan Nápoles, el Vesubio y Pompeya.—Lo que debemos hacer es dejar en seguida la pagana ciudad en que nos encontramos, y marchar á Roma, patria de todo el mundo, donde la religión ofrecerá á nuestras almas el inextinguible hogar del catolicismo, en torno del cual hay sitio para todas las gentes, para todos los peregrinos, para todo

el universo. Por la historia, por la lengua y por la fé, somos ciudadanos romanos... *Cives romani sumus*... Celebremos, pues, la Pascua en Roma.

Y diciendo y haciendo, en aquel mismo instante empezamos á disponer nuestra partida, que se verificará esta tarde á las cinco.

Debo advertiros antes de marchar, que el buen tiempo ha concluido. Hoy ha amanecido lloviendo. Principia, pues, el invierno en Florencia.

Esta circunstancia contribuye á añadirle no sé qué triste solemnidad al viaje que vamos á emprender: solemnidad y tristeza que cuadran perfectamente al estado de nuestro ánimo.

Yo no comprendería una peregrinación á la ciudad eterna sino con dolor y fatiga... y nuestro viaje promete ser sumamente penoso.—El ferro-carril solo llega á *Siena*, donde dormiremos esta noche y pasaremos mañana el día, viendo aquella ilustre ciudad y buscando diligencia ó silla de posta que nos lleve á Roma.—Cruzaremos, pues, el *Sub-Apenino toscano* con agua, viento y nieve, á merced de un postillon y cuatro caballos.

Por otra parte, muchos nos dicen que es temerario hacer esta expedición en un tiempo de tantas revueltas y calamidades, y hasta nos hablan de recientes robos en los bosques que habremos de atravesar...

—«Adelante, y fíenos en nuestra buena estrella...» ha sido nuestra contestación.

Jussuf, el islamita, no encontrándose asistido de la devoción que á nosotros nos fortalece, ha oído nuestra conversación acerca de los bandidos con aquella atención ó aguzamiento de orejas con que escuchan los caballos árabes los pasos de una remota caravana; despues de lo cual nos ha abandonado sin hablar una palabra; ha estado ausente unos diez minutos, y se nos ha aparecido de nuevo con los ojos radiantes de animación y su infantil sonrisa en los labios.

Caballero no ha reparado en nada de esto; pero yo, que no pierdo nunca de vista al pobre moro, porque todo es en él digno de estudio, le he llamado aparte cariñosamente y le he dicho:

—¿Qué hay de nuevo?

—*Mira*, me ha respondido, entreabiéndose la camisa y enseñándome á medias un larguísimo cuchillo.

—¿Y para qué es eso? le he preguntado.

Jussuf se ha puesto pálido y luego rojo, y su mirada me ha reflejado mil escenas diferentes: el miedo al viaje que íbamos á emprender; la lucha con los bandidos; las puñaladas, la sangre, nuestra victoria... ¡qué sé yo cuántas cosas mas!

Por último ha recobrado su calma, y por toda contestación á mi pregunta, me ha dicho dulcemente, cerrándose la camisa y señalando hácia el *Puente Viejo*:

—*Medio duro*.

Es la cantidad que acaba de dar por el cuchillo.

Cualquiera hubiera creído al contemplar esta escena, que Otelo estaba de vuelta en Italia.

Caballero echaba entre tanto cuentas con una Guia en la mano, y murmuraba gozosamente:

—¡Pasado mañana en Roma!

VI.

Un matrimonio feliz.—Siena.—La última ciudad del mundo.—La frontera de los Estados del Papa.

Estamos en camino.

El tren ha partido de Florencia á las cuatro y cincuenta y cinco minutos.

A esa hora, era ya de noche.—Sigue lloviendo. Hace un frio espantoso.

Florencia me ha dejado á mí antes que yo á ella. Durante las últimas horas que he permanecido en el llamado *Jardín de Italia*, su hermosura, su alegría, las hojas de sus árboles, los esplendores de su cielo... todo ha desaparecido.—Así es que la abandono sin sentimiento.

Llevamos una hora de viaje.—Del país que vamos recorriendo solo puedo decir que está cubierto de nieve.—Lo demás lo ocultan las tinieblas.

Al llegar á *Empoli*, dejamos el camino de hierro de Pisa (*Strada ferrata Leopolda*), que se dirige á poniente, y tomamos la *Strada ferrata Centrale Toscana*, que va hácia el Mediodía por el valle del *Elsa*, y que unirá con el tiempo á Florencia y Roma.

A las siete de la noche pasamos por *Certaldo*, donde en otro tiempo existió el sepulcro de *Boccaccio*.

En el mismo coche que nosotros van un caballero y una señora, jóvenes ambos, que se casaron en Florencia hace trece días y que se dirigen á Ancona, donde el marido tiene sus estados y su familia.

Y digo *sus estados*, porque el marido es como si dijéramos un *conde reinante*.—Ya tengo en el bolsillo su retrato y su tarjeta; pero sin embargo, no diré su nombre ni el de su bellísima esposa.—Temerá turbar su naciente dicha entregándola á los vientos de la publicidad.

Los condes de M. han visto toda una aventura de viaje en su encuentro con dos españoles y un moro, ó quizás mas bien nos han convertido en espectáculo que contemplar juntos desde su trono de amor, en fecha que recordar mañana, en monumento conmemorativo de su luna de miel.

Ello es que, sin desatenderse á sí mismos, nos hacen mil y mil preguntas, con una gracia, una cortesía y una curiosidad tan infantiles (los enamorados se conducen siempre como niños), que nosotros no podemos menos de contestarles afablemente.

Verdad es que ellos han empezado por decirnos su nombre, el objeto de su viaje, la historia de sus amores, las condiciones de su carácter, sus ideas acerca de la felicidad, sus teorías sobre el matrimonio, lo que debe ser la mujer, lo que

es el hombre... etc., etc.; todo esto hablando los dos á un tiempo, simulando riñas, reconciliándose con una mirada ó una pisadita, poniéndose muy colorados al entrar en ciertas materias, y diciéndose, en fin, en nuestras barbas, por remate de funcion y con una sublime llaneza, que se quieren mucho, que van á quererse siempre, y que ninguno de ellos se casará jamás en segundas nupcias.

¡Tienen veinte años!... (Ella no los tendrá todavía.)—¡Se han casado hace dos semanas! ¡Van viajando solos!—El la lleva á la casa paterna á que la conocen su madre, sus hermanos y sus servidores.—Ella va soñando con un jardín que tiene el conde á las orillas del Adriático, con un pabellon que les han amueblado en ese jardín; con los paseos que darán por el mar al resplandor de la luna de enero; con las flores que abrirán en marzo; con las frutas que madurarán en junio; con el hijo que podrá tener en setiembre...

Esto último es una sospecha gratuita que á mí me ocurre.

En cuanto á sus preguntas, ya podreis imaginárosas. Que si somos casados... (esta ha sido la primera);—que si es bonita España... (es decir, que si será muy agradable *amarse* en España);—que si son bellas las españolas... (esto es, si *se ama* mucho en nuestro país);—que si hay bandidos en España... (mas claro: si dos jóvenes *enamorados* como ellos correrian allí algun peligro);—que á dónde nos dirigimos... (traducción: que cuándo *los* dejaremos solos);—que si iremos alguna vez á Ancona... (sentido oculto: sean ustedes testigos de que hemos jurado *amarnos* eternamente);—que si nos gustan las italianas... (esto lo preguntó el conde; significado: si habia hecho bien en *amar* á su mujer);—y otras cosas por el estilo, y muchas muy diferentes, pero todas misteriosamente relacionadas con su dicha.

¡Oh amor, egoista amor! ¡Qué es para tí el universo?

De las preguntas que le hacen á Jussuf y de las contestaciones de este, no digo nada.

Sería cuento de nunca acabar.

Son las ocho y cuarto: acabamos de atravesar un largo túnel abierto en una alta montaña.

Nos acercamos á Siena.

Siena, como otras muchas ciudades que no conozco, reviste en mi imaginacion una forma poética, cuya lenta composicion me seria muy difícil explicar. Para mí, Siena (*Sena* en español; y de aquí el que digamos *Santa Catalina de Sena* para nombrar á la seráfica escritora hija de esta ciudad), Siena, digo, es para mí una triste y viejísima capital de perfiles góticos (cosa rara en Italia), monumento vivo de la Edad Media, y esqueleto, por decirlo así, de la gran república gibelina que venció á Florencia en aquella descomunal batalla de *Campo Aperto*

che fece l' Arbia colorata in rosso...

segun la espresion de Dante.

Mi imaginacion ve tambien en Siena la patria de la infortunada *Pia di Tolo-*